

# La promoción literaria: ¿un fenómeno de masas?

Por KEVIN FERNÁNDEZ DELGADO

No cabe duda que tener un libro al alcance es lo más importante si se quiere leer, pero, en segundo lugar, es importante establecer una comunicación con el lector que lo informe, anime, oriente y acompañe. Ahora que la producción de libros en el país parece haberse recuperado, y se crean nuevas instituciones culturales, queda pendiente la tarea de volver a ganarse un público como el de las décadas de los 70 y 80 del pasado siglo.

La deficiente promoción literaria puede ser nefasta. El autor le lanza su libro en la espalda al público, y no sabe cuán duro le dio, se pierde la retroalimentación, y luego la afinidad, cuando ambos toman rumbos distintos.

El escritor piensa entonces que está trabajando para nadie y mira con deseo los mercados extranjeros llenos de esos capitalistas que no pierden la cuenta de cuanto libro venden o pudieran vender. Como sólo los amigos cultos cercanos o filólogos leerían al autor se crearía el sectarismo, obras con tiradas de miles de ejemplares pero destinadas a un pequeño grupo con intereses afines. El autor, aislado por el silencio, se refugiará en sus juegos verbales y culturales, y su obra será un hablar a sí mismo, o un hablar a los críticos, esos lectores llenos de experiencia, teoría y prejuicios sobre la efectividad literaria que en grupos de tres a cinco otorgarán los muchos premios instituidos a obras poco leídas fuera del grupo de los entendidos. Con pobre información, el amante de los libros sabrá cuales se avendrán con sus intereses a puros golpes y tanteos, algunos de los cuales lo harán desistir de la literatura cubana contemporánea.

No es justo que estas cosas sucedan cuando se ha estabilizado la producción de libros, y el pueblo pudiera, por tanto, llegar al mismo nivel de lectura y debate literario de antes del período especial. Según datos de entonces, el cubano promedio dedicaba un 17 por ciento de su tiempo libre a leer, cosa que sorprendió a Gabriel García Márquez. Parecería increíble que uno de los principales temas de conversación en los adolescentes de esos años fuera la última novedad leída, pero así era... ¿y será? No quiero decir con esto que seamos país de ignoros vocacionales, como en ratos de pesimismo declaramos. Cuba aún ocupa un nivel de instrucción media y cultura que sorprende a los intelectuales de otros países que nos visitan. Las Ferias Internacionales del Libro son aquí un fenómeno de masas, cientos de miles de visitantes y libros vendidos, presentaciones... pero el reino no es sólo el trono.

También sería necio de mi parte negar los intentos actuales de promoción del libro. En algunos sitios, se han abierto cafés literarios donde pides una taza por un peso martiano, lo tomas sobre un *doyle* con el retrato de un escritor Premio Nacional de Literatura, y puedes comprar o pedir prestado un volumen de un estante cercano. El *Granma*, que antes sólo contaba qué actividades culturales se habían celebrado el día anterior, ahora las anuncia con cierta regularidad en pequeños cartelitos.

A la pelea en solitario que llevaba *Hurón Azul* en la televisión por informar de actividades culturales, se han sumado algunos spots que remiten al Centro Dulce María Loynaz para un encuentro con algún escritor, al Centro Hispanoamericano de Cultura para una *Confluencia*, al Palacio del Segundo Cabo para un *Sábado del Libro* o a la librería de Línea para un *Viernes de Poesía*. Hay que felicitar a *Juventud Rebelde* por la idea del suplemento *El Tintero*, y reconocer que se están reseñando algunos libros más que antes en *Granma*, con Riverón, en *Alma Mater*, y en *Bohemia*, además de la sección "en las librerías", aparece "nuestros autores", cocodrilito con letra en vientre, donde al lado del retrato del escritor, se hace una breve enumeración curricular: nivel escolar, publicaciones y premios. ¿Suena a bastante? No llega aún al nivel de divulgación de antes del período especial.

El reseñismo actual es escaso, errático y oscuro. Escaso, porque sólo se reseña una fracción de los libros disponibles, y ciertos críticos no tienen bien clara la diferencia entre reseña y comentario, o entre nota de contracubierta y reseña; errático, porque cada cual analiza el libro que le parece, lo mismo el del sábado próximo que el de hace cinco años; oscuro, porque el reseñista a veces olvida a quién se dirige y el lector, en vez de saber qué contiene el libro, cómo lo contiene y si lo contiene bueno, se estrella contra una abstracción filológica. Háganse buenos y muchos resúmenes, caben dondequiera y son una forma popular y efectiva de crítica. Háganse plegables que contengan reseñas de colecciones de premios, de títulos lanzados ese año. Inclúyanse referencias de otros libros de la misma editorial, colección o autor al final de cada título, para que quien termine conozca sus próximas opciones.

Algunas librerías en moneda nacional están medio escondidas, como quien no quiere las cosas. Al entrar, se ve que los libreros no tienen noción de que son novedades, porque en la mesa de las novedades tienen puesto cualquier tomo; el libro de la semana, esa buena idea, no es más que un volumen cogido al azar con la nota de contracubierta copiada en un cartón; el estante de los Premios Nacionales, por su parte, es una especie de altar sagrado, allá por esa esquina, con algunos libros-santos empolvados.

Que el vendedor ame el material que distribuye, lo conozca y presente de forma acogedora al visitante. Punto aparte merece el horario, inadecuado por coincidir con la jornada laboral. Sólo algunas librerías, como la ubicada a la entrada del Boulevard de Obispo, en La Habana Vieja, abren fuera del horario laboral.

Al comentario, propio de las revistas especializadas, aún le falta sistematicidad y claridad, le sucede en estos dos aspectos algo parecido a lo apuntado con las reseñas.

Un buen comentario, como un buen ensayo, depende de la pericia del redactor, pero sería bueno tener en cuenta el interés que suscitaría nuestro objeto de análisis e intentar, más que sorprender, conversar con la persona que estará del otro lado, con la revista editada ante los ojos, como en una charla fraterna.

La televisión no es muy utilizada para la divulgación literaria. ¿Dónde está América en la Casa, que nos grababa en la memoria textos latinoamericanos emocionantes? ¿Por qué no se siguieron dramatizando los cuentos? ¿Y el teleteatro? ¿Y no pudiera alguno de nuestros ensayistas impartir conferencias en los canales educativos, como hacía Alejo Carpentier?

¿Y no se pudieran filmar *spots* con escritores relevantes, que lean palabras seleccionadas de sus mejores textos, acompañados de música, imágenes y ellos mismos, tal como aparecen pintores dándoles brochazos a sus cuadros? La repetición graba. Hace poco, desde una farmacia, escuché a un vendedor ambulante decir "estoy deshecho en menudos pedazos", esa persona hizo una paráfrasis del verso de Bonifacio Byrne para hiperbolizar su penuria. ¿Qué buen poeta vivo tiene el privilegio de ser memorizado por el pueblo? La repetición y la divulgación pudieran lograrlo.



La comunicación con el público lector está cortada. Antes del período especial, *Bohemia* publicaba *¿Qué se lee?*, una lista de los libros de ficción y no ficción de mayor demanda en ese momento. Los sondeos de popularidad deben retomarse, porque un escritor no puede contar sólo con la opinión de sus críticos o lectores más cultos.

El Instituto Cubano del Libro podría crear espacios radiales o televisivos donde alguien llame y opine sobre un libro reciente. También podría instituirse, junto a los Premios de la Crítica, un premio de la popularidad, hecho con los votos de la gente. Pudieran compilarse listas de títulos demandados para, según las posibilidades, reimprimirlos. Estas iniciativas podrían transformar la literatura nacional, hacerla más cubana, porque a veces nuestros escritores escriben más sobre Cuba para Europa que sobre Cuba para Cuba, sin percatarse. El escritor, como intelectual, podría ganar prestigio entre las masas. Si el hombre llano ve en esto algo importante, fuente de aceptación social, se sentirá motivado.

¿Y nuestros colegas de las otras ramas del arte? No nos aislemos. Las tendencias artísticas del mundo intentan romper fronteras genéricas. Sería un pacto conveniente si aumentase la cantidad de préstamos entre las ramas más populares del arte con la literatura.

Pudieran musicalizarse textos poéticos de nuevo. Podría el cine hacer referencia a la obra escrita. Un libro tan lleno de cine, como *La chica del trombón*, de Antonio Skármeta, ¿no merece ser leído por un personaje en una película? El cine puede ser de gran ayuda, presentando la imagen de la persona que lee como símbolo de distinción. Hollywood logró popularizar a los psiquiatras, a los mafiosos, a los vaqueros... ¿No puede el ICAIC popularizar a los lectores? Además, incluir referencias a obras literarias en un guión, como se hizo con *Fresa y Chocolate*, por ejemplo, energiza la carga filosófica del filme.

Cuanto esfuerzo se haga para fomentar el hábito de la lectura será provechoso, pues proveerá mejoras para la sociedad. Una cantidad de trabajadores de la cultura, escépticos, opina que la literatura es para grupos selectos. Pero yo concuerdo, y opino que, gracias al buen trabajo de los divulgadores, creadores y autoridades, esos grupos pudieran llegar a ser tan selectos que no dejarán a nadie sin seleccionar.